

guía la familia de un aldeano, sus bienes volvían á la órden, ó á los grandes propietarios que habían obtenido de ella aquella villa ó aldea. Hallábase la misma clasificacion entre los propietarios relativamente á las tierras pertenecientes al obispo.

Después formaron los colonos una clase distinta de las otras, y su número se aumentó hasta el punto de esceder al de los naturales, que acabaron por adoptar sus costumbres y su lenguaje, de donde resultó que el antiguo idioma prusiano, dialecto del eslavo, pereció completamente.

La órden teutónica tenía su centro en San Juan de Acre, y dependía en Prusia de un maestre provincial ó preceptor, que dependiendo del gran maestre y del capítulo general, ejercía la soberanía de acuerdo con ellos. En las circunstancias más críticas debía tomar el consejo de los dignatarios de la órden; pertenecía la ejecución de lo acordado, y él era quien tenía el mando en campaña: un mariscal le servía de vicario en tiempo de paz y de ayudante de campo durante la guerra. En cada distrito estaba encargado un comendador á la vez de las rentas, de la justicia, de la policia y de las medidas militares. Por lo menos en número de diez y seis estos comendadores constituían el consejo del preceptor y formaban con él parte en el gobierno.

No se introdujo, pues, en Prusia el derecho de la fuerza como en el resto de Germania, y las diferencias fueron allí zanjadas por los jueces y no por las guerras privadas. Al paso que en los otros países el jefe del Estado carecía de apoyo para la ejecución de sus órdenes, tenía allí bajo su disposición una milicia permanente, ó más bien el Estado todo se hallaba armado. Los bienes inmensos que poseía le salvaban de los embarazos tan comunes en los gobiernos de aquel tiempo, y no se veía obligado á comprar, mediante privilegios, la condescendencia de sus vasallos. Del voto de obediencia hecho por los religiosos guerreros resultaba una disciplina ignorada por los demás gobiernos, hallándose su voluntad encadenada por el honor y por la religion. Tenían á honra las principales familias de la Germania alistar á sus hijos en aquella órden soberana; y reyes y príncipes hacían en Prusia el noviciado de las armas. De consiguiente, la consideracion que rodeaba á aquel Estado, á la vez guerrero y religioso, añadía mucho á su fuerza, y bajo este aspecto presentaba el espectáculo nuevo de un principado recién construido que llegó rápidamente á un inmenso poderio; pero cayó no menos pronto en la disolución y en la tiranía.

CAPÍTULO XXI

HUNGRIA.

San Ladislao.—En Hungría reinaban los descendientes de Arpad (-907), que se la disputaron á pedazos hasta el momento en que todo el país se halló reunido en manos de San Ladislao (1077), que á la vez que restableció la paz interior conquistó nuevos territorios. La Croacia y la Dalmacia formaban una parte del imperio de los avaros, destruido por Pepino, rey de Italia; la primera era habitada por los croatas ó montañeses, la otra por los sorabios, nacion eslava, gobernada por los *zupan*, ó jefes de distrito, muchos de los cuales dependían de un *ban*, ó duque, y éstos de un gran príncipe. Habiéndolos aceptado los francos por súbditos, resultaron de aquí disputas con el imperio de Oriente, hasta el instante en que se convino que Zara, Trau, Espalatro, Ragusa, es decir, la Dalmacia marítima, quedara á los griegos, y las otras ciudades al imperio de Occidente. En medio de las vicisitudes que experimentó este Imperio, los grandes príncipes se hicieron independientes. Crescimiro, gran príncipe de Croacia, tenía en pie de guerra un ejército de sesenta mil ginetes y de cien mil infantes, y su hijo Dircislao tomó el título de rey. Entonces se pusieron los habitantes del país á hacer el corso, y esto dió margen á una guerra con Venecia, la cual acabó por ocupar las ciudades marítimas.

Fueron recuperadas por Crescimiro Pedro, quien habiéndose apoderado de la Esclavonia, independiente hasta entonces, tomó el título de rey de Dalmacia y de Croacia. Después Demetrio Suinimiro, queriendo legitimar su usurpacion, se hizo coronar en Salona por el legado del papa, prestó homenaje ligio á Gregorio VII y á sus sucesores con un censo anual de doscientos besantes, y obligó al celibato al clero, á quien dejó los diezmos y las primicias.

Estinguida la línea de estos reyes, y habiéndose

se en su consecuencia desencadenado la anarquía en el país, penetró en él Ladislao á mano armada, y después de haber sometido á los tiranuelos que lo vejaban nombró á su sobrino Almo, duque de Croacia y de Esclavonia. Su victoria fué interrumpida por los cumanos, rama de los uzos, ó como los rusos los llaman, los polowzos, que habitaban en la Moldavia y la Valaquia, después de haber arrojado á los pechinecos á la Transilvania. Talaron los cumanos la Hungría, donde Ladislao los derrotó finalmente (1091), obligándoles á escoger entre la esclavitud ó el bautismo. A los que abrazaron el último partido, les señaló tierras entre el Danubio y el Theiss, donde todavía existen sus descendientes, bajo el nombre de yazigos. El kan de Transilvania se vió tambien obligado á hacerse cristiano y vasallo de la Hungría.

Estos triunfos fueron acompañados de milagros que hicieron santa la memoria de Ladislao. Este príncipe decretó en el concilio de Szabolis (1092) rigurosísimas medidas contra los idólatras, y permitió que los sacerdotes casados vivieran con sus mujeres; prohibió hacer sacrificios en las rocas y en los bosques, casarse con judíos, dejar de honrar las fiestas ni aun para entregarse á la caza; además mandó pagar con exactitud los diezmos. A esto añadió oportunas leyes civiles y fundaciones eclesiásticas, por lo que fué honrado por toda la cristiandad.

Coloman, su sucesor, que vió á los primeros cruzados atravesar sus Estados (1095), sometió tambien la parte marítima de la Croacia (1096), de que se tituló rey, así como de la Dalmacia y de la Hungría, y para asegurarlas de los normandos de la Apulia, se coaligó con los venecianos y tomó á Monopolis y Brindis, donde permaneció tres meses. Dócil respecto del papa, en un concilio de obispos y magnates (1100), dió á sus súbditos un código compilado por el sacerdote Alberico; confirmando las

donaciones hechas á las iglesias por san Estéban, y estableciendo que, en los feudos conferidos por este príncipe, heredaran con igual título los dos sexos, y los varones solamente en los otros. Es digna de atención la ley que prohíbe los procesos de hechicería, como también la que excluyó en todas partes las ordalias, á escepcion de las iglesias catedrales y de los grandes prioratos.

Estéban II, su hijo, príncipe disoluto (1114-31), tuvo disputas con los venecianos sobre la Dalmacia, y tomó á sueldo á los cumanos, á quienes señaló un distrito, todavía llamado la Gran Cumania. Empezó las guerras, destinadas á durar medio siglo, con los emperadores de Oriente, que con la esperanza de adquirir la Hungría, se ponían entre el número de los pretendientes.

Geysa II (1141), hijo de Bela II, llamó á los alemanes á poblar la Transilvania otorgándoles grandes privilegios. Construyeron allí siete ciudades, lo cual hizo dar el nombre de *Siebenbürgen* al país llamado con posterioridad Transilvania, porque estaba situado más allá de los condados cubiertos de selvas, de Szolnok y Krasna (*Silvania*); Hermanstadt vino á ser la capital de ella. Se señaló á los pechinescos que sobrevivían, un canton, donde todavía existen con el nombre de zekely ó de sículos.

Esteban III (1161-73), á quien Manuel Comneno y el papa Alejandro III habían ayudado á ascender al trono, se vió obligado á ceder al primero la Esclavonia y la Croacia, y á reconocerse vasallo del imperio (1196); al segundo le prometió que no trasladaría ni exoneraría á ningún obispo, á no ser por un delito canónico; que renunciaría al espolio de los prelados; por último, que dejaría á los eclesiásticos administrar las sillas vacantes, para que el producto fuera empleado en provecho de los pobres y de las iglesias.

Andrés.—En este tiempo habían atravesado los cruzados muchas veces la Hungría, donde se habían visto en un principio tratados como enemigos, después tolerados. Por último, Andrés, hijo de Bela III (1173-96), prometió cruzarse. Pero disipó parte de los tesoros acumulados con este objeto por su padre, y empleó el resto en hacer la guerra al rey Emerico, su hermano (1196). Hallábanse frente á frente los dos ejércitos, cuando Emerico, viéndose inferior en fuerzas, tiró intrépidamente su coraza, y sin llevar más que un látigo en la mano, entró por medio del campo enemigo, cruzó las filas de los soldados pasmados, hasta llegar á la tienda de Andrés, donde mandó á sus mismos guardias que le prendieran, y le trasladó á su campo sin que nadie se atreviera á decirle una palabra. Le detuvo prisionero hasta que el papa solicitó su libertad. Sin embargo, Emerico le nombró tutor de su hijo Ladislao I (ó III) (1204-5), y después de la muerte de éste, ascendió Andrés al trono. Fué padre de aquella Isabel, celebrada como protectora de la poesía y como santa.

A la muerte de Enrique, emperador franco de

Constantinopla (1216), se trató de dar la corona imperial á Andrés, quien de cierto hubiera podido mejor que nadie sostener el peso de ella; pero se opuso el papa queriendo que se decidiera á emprender la cruzada, á lo cual se había comprometido. Anteriormente hemos narrado el resultado de esta expedición. Halló á su regreso revuelto el reino (1217), especialmente á causa de las vejaciones ejercidas sobre sus súbditos por los magnates, que habían usurpado á la corona un gran número de posesiones. Su tiránica audacia había llegado hasta el punto de que, descontentos de ver á la reina preferir los usos alemanes á los de los húngaros, la habían dado muerte. Su hijo Bela, tanto por odio á su madrastra como por el deseo ambicioso de conservar el poder que había ejercido durante la ausencia de Andrés, no cesaba de poner embarazos á su autoridad. De consiguiente, á fin de salir de apuros, Andrés dió á la Hungría la *Bula de Oro* (1222), constitución que se diferencia de todas por su base. Efectivamente, confirmó en ella todos los derechos que los nobles se habían abrogado, hizo hereditarios los feudos, prohibió al rey exigir el servicio militar y las contribuciones sin el consentimiento de los nobles, y declaró que si el rey violaba estas condiciones, sería legítimo resistirle á viva fuerza.

Pero ¿quién había de decidir si el rey había ó no violado la constitución? Los mismos nobles. Así jueces y partes á un mismo tiempo, declaraban siempre tiránico todo acto que tenía por objeto reprimir sus excesos (1). Hallóse, pues, la anarquía constituida legalmente, y la opresión del campesino consolidada, desde el momento en que ni siquiera tuvo por apoyo la autoridad real despojada de toda energía.

Bela IV sucedió á su padre (1235), á quien había ya privado de toda autoridad en vida; príncipe avariento y orgulloso, persiguió á todos los que no le habían servido bajo el reinado de Andrés, y quitó á los magnates que no eran nobles el derecho de sentarse en su presencia, á escepcion de los cuatro dignatarios. Revocó las donaciones de la corona hechas anteriormente, y obligó á los palatinos á que le dieran las dos terceras partes de las rentas de sus condados. Reformó la justicia, modelando el procedimiento con arreglo al de la corte de Roma, siempre con el objeto de disminuir el poder de los grandes en provecho del poder real. La apelación debía presentarse ante un canciller, en vez de dejar que todo litigante tuviera libre acceso cerca del rey, quien se reservaba solamente el conocimiento de los negocios más importantes.

Indispuesta la nobleza con estas medidas, ofreció el reino á Federico el Belicoso, duque de Aus-

(1) VERBOECZ, *Corpus juris ung.*, tom. II, pág. 38.—El famoso artículo 31 que permite la insurrección, fué abolido en el 1687.

tría; pero este príncipe fué vencido y sujeto á un tributo; y sus parciales, así como los que intentaban someter el país al imperio, expiaron cruelmente sus intenciones.

Invasión de los mongoles.—Mostrábase hábil en el arte de gobernar Bela; pero su carácter y las intrigas de su esposa, hija de Teodoro Lascaris, emperador de Nicea, le hicieron cometer graves errores, y entonces sobrevinieron los mongoles. Tuchi, hijo del fundador de aquel nuevo imperio, invadió el país de los polowzos; y Kutan, jefe de los cumanos, que pertenecían á esta nación, pidió al rey de Hungría un refugio en ciertos cantones incultos, donde en efecto fueron acogidas cincuenta mil familias con sus rebaños: recibieron el bautismo y alcanzaron libre acceso cerca de la persona del rey. Estos recién llegados continuaron viviendo como nómadas, bajo tiendas, aunque mostrándose dóciles, y ayudando á los húngaros á cultivar los campos y las viñas.

Previendo Bela que los mongoles, después de haber avasallado la Polonia y la Rusia, no perdonarían á su país, imploró socorros de la Alemania y del papa, pero no fué oído; y los mismos húngaros, enervados y recelosos del rey, le negaron ayuda (1241). En breve cayeron sobre el país quinientos mil tártaros; Federico de Austria, que había acudido con un contingente de tropas, viendo á los húngaros irritados contra los cumanos á quienes el rey favorecía, divulgó el rumor de que los mongoles eran llamados por ellos. Esto bastó para que Kutan fuera degollado, y entonces los cumanos volvieron sus armas contra los húngaros y se unieron á los mongoles. Haciéndose sus guías, les ayudaron á sorprender el campamento, donde cien mil húngaros fueron muertos, entre los cuales se contaron dos arzobispos, tres obispos y muchos señores.

El rey huyó con gran trabajo: habiendo cogido Batú su selló, lo puso en una carta que dirigió á los húngaros en su nombre, diciéndoles que no se asustaran, y que permanecieran en sus hogares. Se prestó fe á esta falsa noticia, y se aprovechó de ello para tomar por asalto á Pest y á Gross-Varadín, destruyéndolas. Espalatro, Cataro, Suagio, Drivasto fueron saqueadas. Dirigiéndose en seguida Batú hacia el Oriente, hizo pregonar antes de abandonar la Hungría, que todo extranjero, libre ó esclavo, que se hallara en el campo, podía tornar á sus hogares. En su consecuencia, muchos húngaros y esclavos se aprovecharon de este permiso; pero á poca distancia fueron asaltados por el enemigo, quien les dió muerte.

Roger de Benevento (1267), capellan del cardenal Juan de Toledo, que le había enviado muchas veces á Hungría, ora para sus asuntos, ora para los de la Iglesia, había llegado á ser canónigo de Varadín, después arzobispo de Espalatro, al tiempo de la invasión de los mongoles. No pudo salvar la vida sino á costa de gran trabajo; y ha escrito sus miserias así como las de las demás vic-

timas de aquella plaga (2). «Mientras los tártaros saqueaban á Varadín estaba yo escondido en una selva vecina, y cuando fué de noche me refugié en Pontomas, aldea alemana, á orillas del Koros; no creyéndome allí todavía seguro, busqué mi salvación en una isla fortificada del Maros. Allí oí el saqueo de Pontomas y se me erizaron los cabellos. Entonces abandoné la isla y me engolfé en otra selva. Al día siguiente, los tártaros invadieron la isla, donde esterminaron todo cuanto les vino á las manos. Muchos naturales que se habían refugiado en el bosque, creyendo al cabo de tres días que ya se habría alejado el enemigo, volvieron allí para buscar víveres; pero hallaron emboscados á los tártaros, y fueron muertos. Entre tanto yo andaba errante por el bosque privado de todo. Impelido por el hambre, me veía obligado á ir de noche á la isla, para sacar de debajo de los cadáveres algún poco de carne y de harina que me llevaba á escondidas, y viví más de veinte días oculto en las grutas, en los fosos y en los huecos de los árboles.

»Cuando los tártaros prometieron no hacer ningún daño á los habitantes que volvieran á sus hogares, no me quise fiar de su palabra, y eran fundadísimas mis sospechas: quise mejor ir en derecha á su campamento, que aguardar mi suerte en una aldea. Entreguéme, pues, á un húngaro, que se había puesto al servicio de los tártaros, y que por gran merced se dignó admitirme entre las gentes de su comitiva. Guardé medio desnudo sus carros; y mientras permanecí á su lado tuve constantemente la muerte delante de los ojos. Un día vi á muchos tártaros y cumanos llegar por todas partes con carros llenos de despojos y gran cantidad de bueyes y de caballos; entonces supe que en una noche habían degollado á los habitantes de todas las aldeas circunvecinas, aunque sin quemar los granos, los forrajes ni las casas: de aquí deduje que su intención era pasar el invierno en aquel punto, lo cual se verificó efectivamente. Habían prolongado la existencia de aquellos infelices sólo para darles tiempo de hacer la cosecha, que debía ser consumida por otros (capítulos 24 y 36).

«Tan luego como los príncipes recibieron la orden de regresar á Tartaria, empezamos á retroceder con los carros cargados de botín, con los rebaños y los caballos. Los tártaros exploraban á pié las selvas para ver si se les había escapado alguna cosa á su venida... Cuando salimos de Hungría para entrar en la Cumania, no fué lícito matar cabezas de ganado para los prisioneros; se les abandonaron sólo los intestinos, los piés y las cabezas de los animales con que se hartaban los tártaros. Entonces empezamos á temer que nos asesinaran á todos, según daban á entender los intérpretes.

(2) *Miserabile carmen, seu historia super destructionem regni Hungariae temporibus Bela IV regis per Tartaros facta*. Se encuentra en SCHWANDTNER, *Scripti. rerum hungaricarum*, tom. I, Viena, 1746.

Pensé, pues, en salvarme, y fingiendo una necesidad, emprendí la carrera y me dí á correr cuanto pude por medio de la selva en compañía de mi criado. Entré en una gruta donde le hice que me cubriera con hojas y él se escondió á poca distancia. Ocultos así como en el sepulcro permanecimos dos días sin atrevernos á levantar la cabeza, oyendo la horrible voz de los tártaros que buscaban el rebaño por la selva, ó llamaban á los prisioneros fugitivos. Acosados por el hambre salimos de nuestro escondite, y apenas descubrimos un hombre, echamos á correr llenos de espanto: hizo él lo mismo, luego nos miramos, y como estaba sin armas, nos hicimos una mútua señal para acercarnos. Nos contamos las pruebas por las cuales habíamos pasado y deliberamos acerca de lo que haríamos. Alentados por nuestra confianza en Dios, llegamos á la estremidad de la selva; y subiéndonos á un árbol de alta copa, vimos que los países que los tártaros habían perdonado la primera vez que pasaron por allí, estaban ahora devastados. ¡Oh dolor! emprendimos el camino á través de aquel desierto, dirigidos por las torres de las iglesias, y nos teníamos por dichosos cuando hallábamos puerros, ajos ó cebollas en las destrozadas huertas: por lo demás vivíamos de raíces.

Ocho días después de nuestra salida de la selva llegamos á Alba (*Alba Julia*), donde no se veían más que osamentas sin sepultura, y donde los muros de las iglesias y de los palacios estaban manchados todavía de sangre cristiana: á diez millas de allí, cerca de un bosque, había una casa de campo llamada vulgarmente la *Frata*, y cuatro millas más lejos una alta montaña, donde muchos habitantes habían buscado refugio. Se felicitaron con nosotros sollozando, y nos preguntaron acerca de los peligros que habíamos corrido, ofreciéndonos pan negro hecho con harina mezclada de corteza de encina y que nos pareció de azúcar. Estuvimos allí un mes sin atrevernos á dar un paso fuera; pero enviamos á menudo á los más determinados á espiar si los tártaros se habían quedado, temerosos siempre de que su retirada fuera fingida, y de que volvieran para asesinar á los que se habían librado de su barbarie. Aunque la necesidad de víveres nos obligase por momentos á bajar á los lugares habitados en otro tiempo, jamás abandonamos completamente este asilo hasta después de la vuelta de Bela» (cap. 20.)

Con efecto, después de haber ejercitado por espacio de dos años una ferocidad sistemática, á la cual sería difícil dar crédito, informados los mongoles de la muerte de Oktay-kan, habían evacuado la Hungría, aunque no sin degollar antes á todos los prisioneros. Entonces Bela, que se había refugiado en las islas del Adriático, volvió con los húngaros fugitivos (1244), algunos dálmatas, y caballeros de San Juan. Inmediatamente los que habían sobrevivido salieron de las grutas y de las selvas. El rey mandó traer de los países comarcanos granos, rebaños, colonos. Reedificó las iglesias y las

murallas de las ciudades; se aplicó á poner remedio á los males del país, y se mostró agradecido á los que habían acudido á su socorro en medio de sus calamidades. Perdonados los cumanos en todas aquellas matanzas, se hallaban superiores en número á los húngaros: en su consecuencia, Bela no permitió que se eligieran un jefe, y él mismo se tituló su rey. Atacó á Federico de Austria, que se había apoderado de muchos distritos y que pereció en una batalla, de la cual salía victorioso: este fué el último vástago de la antigua línea austriaca de Bamberg (1246).

El rey de Bohemia, que derrotó á Bela en una sangrienta batalla (1270), continuó la guerra contra Esteban IV (6 V), su hijo, quien se vió obligado á someterse á condiciones onerosas. Este príncipe dejó un hijo, Ladislao IV (1272), de edad de diez años, quien mal educado por su madre, se abandonó á los placeres y á las lisonjas de los cortesanos. Mostró preferencia hácia los cumanos, de quienes su madre era compatriota, adoptando sus usos y su modo de vestir. Se aprovecharon de esto para volver á la idolatría y á su antigua division en siete tribus, cada una con su jefe, ultrajando de este modo la nacionalidad y la religion de los húngaros.

Un legado que envió el papa Nicolás III para poner remedio al desórden, indujo al rey á separarse de los cumanos, y persuadió á éstos á convertirse y hasta á mudar de residencia, mediante ciertos privilegios y el derecho de conservar el traje nacional, la cabeza rapada y la barba corta. Luego en el concilio de Buda (1279) el mismo legado promulgó diversas constituciones, por las cuales el clero quedó dispensado de los servicios feudales y militares, se privó á los seglares del derecho de patronato y de investidura, como tambien del de imponer contribuciones á los bienes eclesiásticos, aun en el caso de peligro de la patria; por último, se autorizaron las apelaciones de los tribunales seculares á la corte de Roma. Todo esto se había decidido sin intervencion del rey, que saliendo al fin de su indolencia, redujo al hambre á los prelados reunidos en Buda, y les obligó á dispersarse antes de terminarse el concilio, del cual no quedó más que la ereccion de Estrigonia en sede primada de aquel reino.

Con más resolucion procedieron los nobles; prevaleciéndose del derecho de insurreccion, hicieron al rey prisionero, y le indujeron así á seguir su voluntad en todo, hasta el punto de hacer la guerra á los cumanos, esterminando á muchos de ellos como traidores (1285). Fuéronlo de cierto los demás para defenderse, y llamaron de nuevo á los mongoles. Llegaron estos; pero hallando todas las cumbres coronadas por una fortaleza, y encerrados los víveres dentro del recinto de sus murallas, perecieron casi todos sin que hubiera necesidad de combatirlos.

No bien recuperó la libertad Ladislao, repudió á su esposa. Escomulgado por este motivo, volvió

á favorecer á los cumanos y á los placeres; pero tres maridos ultrajados en su honra le dieron muerte (1290).

Andrés II había dejado á su mujer en cinta, del único vástago ya existente de la familia de Arpad. Fué coronado bajo el nombre de Andrés III el Veneciano. Pero Rodolfo de Habsburgo pretendió tener, en calidad de emperador, derecho para disponer del reino, y se lo adjudicó á su hijo Alberto. Por su parte, Nicolás IV, considerando á la Hungría como feudo de la Iglesia, dió su investidura á Carlos Martel, hijo del rey de Nápoles, Carlos II, y de Maria, hermana del último rey Ladislao. Andrés quedó vencedor de ambos; pero cuando Caroberto, heredero de Carlos Martel, llegó al país y vió declararse en su favor á todas las provincias marítimas (1301), murió de pesadumbre, y con él se estinguió la familia de Arpad. Había dado en tres siglos veinte y tres soberanos á la Hungría: la corta duracion de sus reinados impidió que el poder monárquico se consolidara, aunque entre el número de estos reyes se habían contado insignes personajes.

Hasta entonces había sido hereditario el reino en la descendencia de Almo, á quien los madgares habían prometido fidelidad desde la primera vez que salieron de sus moradas natales. El rey debía ser coronado: residia alternativamente en un lugar ó en otro, para administrar justicia ó celebrar fiestas á costa de las ciudades ó de los magnates, en cuya jurisdiccion se encontraba. Tenia por consejo el senado real, estándole agregados grandes dignatarios, á la cabeza de los cuales figuraba el palatino del reino. La *collecta denarium*, que se pagaba en tres veces, y el *lucrum camera* anual para la fabricacion de la moneda constituian sus rentas, además de lo que le producian sus dominios en especie, de la vigésima parte de los bienes eclesiásticos y de los infeudados, del diezmo sobre el vino y sobre la sangre, de las pieles de marta, de diferentes derechos sobre los mercados, el peaje, la sal, los comestibles; pero lo peculiar del país era que ciertas corporaciones estaban obligadas á proveer á las necesidades de la corte, en cambio de los privilegios de que disfrutaban.

Los palatinos reunian la administracion de justicia, el gobierno político y el poder militar, empleando para estas diferentes atribuciones condes inferiores. Administraban justicia asistidos de jue-

ces (*bilot*), y de ejecutores (*priastalos*). Presentábase la apelacion de sus sentencias ante el palatino del reino ó ante el gran juez de la corte, que tres veces al año establecia su tribunal en tres lugares distintos bajo la presidencia del rey. Eran confiscados los bienes de los contumaces en provecho del palatino; pero podia rescatarlos su familia. Cada conde enviaba dos ó tres diputados á la asamblea anual de los Estados, convocada en Alba Real.

El esclavo doméstico y el siervo del terruño eran considerados como cosas y no como personas. Los aldeanos libres, propietarios obligados á ciertas prestaciones ó arrendatarios, estaban divididos en centenas ó en decenas de jefes de casa (3). Los hombres del concejo privilegiados, exentos de estas prestaciones, estaban obligados á ciertos servicios segun las estipulaciones de sus cartas. Los colonos alemanes llamados para trabajar en los campos ó en las minas, formaban concejos completamente libres; pero ninguna ciudad podia intervenir en los Estados. Después de las ciudades venian los vasallos del rey (*jobbagyes*), que estaban obligados grandes y pequeños al servicio militar.

La primera clase de la nacion era la nobleza descendiente de las ciento diez y ocho familias madgares llegadas con Arpad y que se habían repartido la Hungría. Su patrimonio (*descensus*) era completamente libre, ventaja otorgada posteriormente á otros advenedizos. Cada familia noble, como igualmente cada obispo, enarbolaba su bandera, que seguia una octava ó décima parte de la poblacion; tropas mandadas por un conde estaban destinadas á la custodia de las fronteras.

Aun cuando esta nacion participase más que ninguna otra de Europa del carácter y de las costumbres asiáticas, sin embargo, tardó poco en acostumbrarse á la civilizacion europea. Desde el reinado de san Estéban empezaron á desenvolverse el cristianismo y la literatura, que tomaron mayor incremento en la época en que los Angioinos estrecharon sus relaciones con la Italia.

(3) Segismundo decretó la pena de muerte contra el villano que matase á su señor; si, por el contrario, éste mataba á su siervo, se le imponia una multa, que á consecuencia de la alteracion que sufrió la moneda, vino á reducirse á nada.